

esposa. En algunos tiempos y en algunos pueblos de los antiguos, el sacerdote quedaba privado por completo del ministerio sacerdotal en cuanto sobreviniera la viudez.

Los hijos estaban dependientes, ya lo hemos dicho mil veces, como toda la familia, de aquella grande autoridad paternal. Un padre podía matar un hijo sin dar cuenta de ningún género á nadie. Pertenece como pertenecen al poseedor y propietario los objetos inanimados. Pero como la mujer participaba del sacerdocio, también participaba el hijo. Sin la presencia de los tres, padre, madre, hijo, no podía rito alguno cumplirse tras algunos años de matrimonio. Por esta razón, los matrimonios largos pedían los hijos con tales instancias, que cuando no los alcanzaban, recurrían al método indispensable de la tradicional adopción. El rito familiar embarga todos los ánimos. El padre no podría vivir tranquilo allende la tumba sin los sacrificios litúrgicos del hijo, y el hijo no podría por su parte vivir vida beata en este mundo sin la protección del padre. Necesitan los padres de que los hijos velen por su sepulcro y guarden sus manes en esta vida, y necesitan los hijos de que sus padres, por su parte, desde la otra vida, los protejan. La familia dura por todas estas creencias, por todas estas liturgias, una eternidad. Y para durar una eternidad necesita de una gran fuerza. Así la primera entre las virtudes helénicas, la más preciada, resultará el amor al hogar, á la casa donde vivos y muertos se comunican en comunicación perdurable. Cuando el incendio de Troya, las lla-

mas devoran el palacio de Anquises, y este viejo patriarca de la vieja Ilion apenas puede separarse de su hogar, y suspira dolorosamente por la muerte allí en la casa. Eneas, al partirse de la desolada ciudad, consumida por la cólera y por las guerras de los hombres, llévase consigo, no sólo su padre Anquises, los penates, los dioses lares también que componen esencialmente la familia. El navegante allá en sus correrías, el héroe allá en sus combates y en sus esfuerzos, el orador allá en sus arengas, invocarán siempre como el nido amado en que aletean sus sentimientos y como el templo en que descansan sus dioses, el hogar santísimo donde nacieron y donde quisieran, por su dicha, morir.

Las sociedades humanas van formándose al modo y manera de los cuerpos sidéreos. La molécula individuo tiende á una especie de agrupación superior que se llama familia, y la familia tiende, á su vez, y por su parte, á otro género de agrupación que se llama tribu. No pueden los afectos humanos y las humanas ideas encerrarse dentro de limitaciones tan estrechas como las limitaciones del hogar, ni rendirse á dioses tan pequeños como los dioses domésticos. A medida que iba creciendo el hombre iba creciendo con él su Dios, ó por lo menos, la idea que de Dios el hombre se forma en su conciencia. Poco á poco las familias comprendieron que las ligaban creencias comunes, y de tales creencias sacaron culto común también. Alrededor de un Dios mayor que los dioses lares formáronse grupos, llamados *phratrias* en lengua helénica y *curias* en romana lengua. Estas asociaciones llegaron á esta-

blecer comidas religiosas en común, y á libar el vino sagrado ante un solo Dios y bajo unas mismas fórmulas litúrgicas. Tablas toscas, platos y copas de arcilla, vino de la viña propia, pan amasado á la manera campestre, restos de antiguas y venerandas costumbres ofrecíanse al Dios en las comidas griegas de tribus llamadas por los atenienses *apaturias*. Formadas las tribus por la unión entre las familias, como se forman las familias por la unión entre los individuos, transmitíase, por la sangre y por el nacimiento, la facultad ó derecho de pertenecer á ellas que, como todos estos derechos, quedaba vinculado en toda una descendencia. Cuando se presentaba cualquier individuo nuevo á la tribu debía presentarse por mediación de sus padres, quienes los declaraban legítimos, cuya legitimidad estaba siempre sujeta por las leyes á confirmación de las tribus. Éstas aguardaban al presentado con el fuego encendido, el altar dispuesto, el ara ocupada por las víctimas. Y si admitían la legitimidad absoluta del presentado, cortaban las carnes de los animales inmolados en pedazos y las distribuían entre todos los asistentes. Imagen de la familia, tenía la tribu su Dios, su culto, su Estado, sus asambleas, su gobierno, su jefe, que se denominaba tribuno. He aquí, pues, la familia griega en toda su extensión.

Observemos, para ir terminando este bosquejo en que pintamos la familia helénica, varias particularidades propias de sus mujeres. Éstas ocupaban un apartamento separado en la casa, y tan apercibido para la reclusión como pudieran las jaulas de los pájaros. Llamábase *gineceo*. Semejábase á los hare-

nes asiáticos en la reclusión, pero distinguíase de los harenes asiáticos en que rechazaba la poligamia. El sexo fuerte no podía penetrar en estos apartados santuarios al sexo débil apercibidos por aquella sociedad. El hombre no podía tener con las mujeres honradas y ajenas este comercio intelectual y moral que tantas ventajas trae y tanta ilustración suele dar á nuestras modernas sociedades. Faltaba, pues, entre gente de suyo tan culta como los atenienses, el mayor sostén de la cultura, el trato de la mujer. Dícese que la música de suyo amansa las fieras. Mucho más amansan la condición rudísima del hombre unos ojos luminosos, una sonrisa dulce, una voz melodiosa, una palabra suave, las ideas miradas por su lado estético y moral, cuanto constituye los hechizos más hermosos de la mujer y que más influyen sobre las almas de los hombres. Necesitando ciudad tan artística este incentivo de comunicación perenne con la mujer en sus hábitos y costumbres sociales, buscó un derivativo en las cortesanas que tenían salón aparejado para recibir á todo el mundo superior, y en cuyo seno, con ciertos goces indicados por el nombre de tales mujeres, procurábanse también los atenienses aquellos goces del alma y de la inteligencia que puede procurar amena conversación íntima con aquellas en quienes al talento se unen la gracia y el afecto. Así en los talleres de pintores y escultores, en las deliberaciones de tribunos y repúblicos, hasta en los banquetes de sabios y filósofos, aparecía la cortesana griega, no solamente como plástico modelo de belleza exterior, como verdadera musa de la educación gene-

ral. No hay como ver los vasos antiguos para observar la elegancia con que las mujeres griegas á una se ceñían sus diademas en el pelo, sus vestimentas en el cuerpo, sus cinturones al talle, sus sandalias á los piés, dejando entrever todas las formas sin faltar al pudor y al decoro. En el retiro á que la condenaban leyes, instituciones, costumbres, retiro solamente roto por las cortesanas, debía granjearse forzosamente la mujer alguna distracción, y solía buscarla en el cuidado continuo de animales domésticos, sobre todo aves, y en el tañer magistral de instrumentos músicos varios cual esas flautas de dos tubos tan melodiosas y esas liras meneadas por el plectro, á cuyos acordes, y á cuyos acompañamientos, sonaban mejor, no sólo el verso de los poetas, sino hasta la prosa misma de los grandes y excelsos oradores.

El nacimiento en Grecia sujetábase también á ritos y ceremonias de religioso carácter. Una vez entregado el recién nacido á su padre proclamábase éste de legitimidad indudable. Una vez proclamado legítimo, conducíalo el padre mismo al Dios doméstico. En cuanto lo presentaban al Dios debían dar vueltas muchas veces en círculo misteriosamente litúrgico alrededor del fuego sagrado. Reconocido por el padre, presentado al Dios y puesto cerca del hogar, ingresaba en los senos de su familia por toda una eternidad. Entre los guerreros espartanos parecíase á un escudo la cuna, entre los navegadores jonios á un barco. La madre debía entregar el hijo á la nodriza. Esclava ésta, porque sólo con la esclavitud se compadecía entonces el servir y el

servicio, su estado se diferenciaba mucho en la casa del estado común á los demás siervos. Después de haber lactado al niño quedaba junto á él como una segunda madre, y á veces vencía y sobrepujaba en cariño á la madre verdadera. La nodriza de Ulises ha pasado á la posteridad en los versos homéricos cual una representante imperecedera de una institución religiosa y civil. Así, cuando este gran héroe del trabajo y del comercio, forzado á la navegación por el instinto mercantil y colonizador de los griegos, se ve constreñido al abandono de su hogar por largo tiempo, en el cual hasta sus facciones se borran por completo en la memoria de los suyos, el único individuo de la familia que lo reconoce y lo abraza es la nodriza, de cuyos labios un grito de alegría espontánea y clamorósísima sale por necesidad en cuanto ve á su predilecto tras tantos años de ausencia. En el teatro antiguo como en el teatro moderno, existe la confidente, indispensable siempre para satisfacer las alternativas del diálogo. Pues la confidente será para los griegos en el teatro moderno como prueba de la importancia que obtiene y del ministerio que desempeña en el seno de las familias. Un escritor elocuente levantó protestas y esparció iras contra estas mujeres que usurpan su ministerio á las madres y que sustituyen cariños artificiales al cariño natural. Y volviéndose con furor á las primeras, díjoles que así como no pueden regatear al feto la sangre con que lo alimentan mientras lo guardan en sus entrañas, no pueden regatear al niño la leche de sus pechos que, recién desprendido del materno seno, todavía necesita sus providencia-

les cuidados. Así habla en sus *Noches Áticas* Aulio Gelio.

Como el clima de los pueblos meridionales resulta de suyo tan benigno, los niños iban desnudos en Grecia como los vemos hoy mismo por las playas de nuestro Mediterráneo. A lo sumo les ponían en invierno una camisilla que los resguardase del frío. No hay como ver las esculturas antiguas para enterarse de las vestimentas, y el escultor nos ofrece á los infantes de uno y otro sexo descenidos de todo traje y con cabellos cortos, aunque muy rizados. La esclavitud recibía en Grecia toda suerte de gravámenes materiales y de maldiciones religiosas al punto de creer allí á los esclavos sin alma. Y, sin embargo, la esclavitud lo llenaba todo, y ocurría, parece imposible!, á la primer necesidad social, á la educación que pule y cincela el alma de las generaciones y prepara el advenimiento de lo porvenir. El pedagogo puesto junto al niño era siervo y tenía por encargo sembrar en su alma las primeras nociones y ocurrir con su auxilio y su sostén al cuerpo. No solamente pertenecían los maestros primeros de la niñez á la condición de siervos; pertenecen también á la condición de extranjeros. Mirando el traje puesto al pedagogo en los bajos relieves, donde se representa la familia de Niobe, obsérvase cómo se parece al traje ceñido por los esclavos de la columna trajana. Entre las advertencias dadas por Plutarco para ocurrir á la educación de los helenos, hállase la condenación explícita y terminante á esa costumbre de dar el niño para su educación al extranjero, al bárbaro, á quien ha perdido el alma en

los hierros de la servidumbre. También le parece mal que busquen esclavillos para entretener y acompañar la familia menuda en las casas. Estos esclavillos pronuncian torcidamente la lengua griega y pegan los defectos de pronunciación á sus camaradas. Además carecen de aquellos sentimientos que sólo brotan al calor de un verdadero cariño en el seno de una familia verdadera. Ajenos á los dioses domésticos, ajenos á los dioses nacionales, atormentados en el hogar donde se hallan casi con los animales confundidos, no pueden abrigar ni patrios sentimientos, ni sentimientos familiares, antes bien, habrán de buscar por necesidad el medio mejor de desquitarse, perdiendo y viciando el alma de aquellos destinados á humillarlos y á oprimirlos. Tales eran las condiciones capitales de su vieja educación en Grecia. ¿Y por lo que á las niñas respecta?

La educación del bello sexo estaba descuidadísima. Como la mujer apenas aparecía en sociedad, hallábase privada por completo de las ideas en el trato social adquiridas. Entregando una parte de la educación á la nodriza y otra parte á la esclavitud, excusábase de la cultura propia. En el *gineceo*, ya lo hemos dicho, la mujer se reducía, en último término, á tañer las liras y á cuidar los animales domésticos. Algunas veces tomaban las griegas participación activa en los festines familiares. Grandes lechos recibían á los hombres, que se acostaban para comer, mientras las mujeres permanecían de pie ó en sedes más bajas que los lechos del festín. Así las grandes comidas á que acudían las damas resultaban el placer, por excelencia,

de Grecia. Vestíanse todas las vestiduras mejores; ornábanse con sus más preciosos ornamentos; coronas de hiedra y mirto, sembradas de flores varias, ceñían sus sienas; un rey del festín mandaba como si de un Estado se tratase; un dios doméstico presidía como si de una ceremonia religiosa fuesen aquellos festines parte; los músicos, en sinfonías armoniosas, concertaban notas é instrumentos; decían versos los poetas; entonaban himnos los coros; actores varios de mímica excelente representaban diálogos, ya cómicos, ya trágicos, y las bailarinas danzaban con sus correspondientes parejas en una danza movida por verdaderos vértigos de gozo y de placer. Un convidado podía convidar á sus amigos, lo cual daba siempre de sí algunos inconvenientes, pues faltaban medios, por tal costumbre, de reservar los puestos correspondientes al número de invitados. Éstos llevaban consigo siempre la servilleta, y al concluirse los festines, repartíanse las sobras. Por tal razón las comidas resultaban uno de los esparcimientos más admitidos en Grecia, por la razón de que había en ellos esta gran libertad y entraban en ellos las mujeres griegas, privadas, por las costumbres, de asistir á otros espectáculos.

A pesar de las inferiores condiciones que las leyes y las costumbres de consuno daban á la mujer helénica, ésta ejerció todo aquel influjo natural en pueblo de tanta cultura. La idea humana en aquel tiempo se había sobrepuesto á todo por haber la humanidad roto cuantas pesadas ligaduras la retenían fuertemente á merced por completo de la na-

turalidad. El hombre se había emancipado de la materia, que pesaba con grande pesadumbre sobre las sociedades asiáticas, donde tenían imperio incontrastable las fuerzas cósmicas, y donde lo llenaban todo las especies inferiores, hasta que la radiosa increíble aparición de nuestra personalidad, así en los altares del culto como en los altares del arte, creó á la hermosa Grecia. Ya no representarán la divinidad, ni los astros del cielo, ni las grullas sagradas del Nilo, ni los perros que han ayudado á la caza, ni el blanco buey Apis, ni el cordero Ammón adorado en los arenales líbicos, ni siquiera las esfinges, cuyos rostros humanos, saliendo de cuerpos animales con alas, indican un comienzo de advenimiento del hombre á las alturas de la vida y del sér, si bien retenido todavía por la ligazón estrecha con las especies inferiores, muy semejantes en aquellas extrañas figuras á las raíces en el árbol. Como el hombre llenaba en Grecia toda la creación, su compañera le seguía y estaba junto á él en esta universal apoteosis. De aquí provino el que las formas humanas inspirasen aquella escultura, no repetida luégo ni en tiempos de nuestro Renacimiento, y el que los dioses revistieran todos ellos nuestro cuerpo y usaran nuestros órganos. La belleza en todos sus aspectos resplandecía tras aquella religión del arte. Y como la belleza, principalmente, se ve representada por la mujer, llenó ésta desde los templos restrictos del hogar hasta los templos inmensos del espacio. La diosa, en múltiples manifestaciones representada, ocupó tanto espacio y alcanzó tanto poder como el Dios mismo. Desde los

primitivos tiempos nacen pareados los dioses. Apenas han puesto la planta los helenos en el montañoso Epiro, cuando por los riscos del Tomoro, en los espesos encinares cubiertos por hiedras y lianas, entre frescos prados de perenne verdor, que manantiales clarísimos riegan, las Peliades, Pitonisas de Dodona, sobre una piedra de toscos aspecto y bajo un árbol de ramas seculares, hablan á una con los dioses en sublimes coloquios, y miran, así el curso de los astros, como el vuelo de los pájaros, para conocer é interpretar misterios divinos en el santo ejercicio de su vocación religiosa. Las grutas donde los oráculos profieren sus sentencias por medio de repetidos ecos, los arroyos parleros bajados de fuentes claras, los escudos y las lanzas de hierro vibrantes al empuje de los aires, la fusta litúrgica de acero chocando en jarrones de bronce y produciendo sonidos misteriosos que los montes repiten y agrandan, las altas crestas animadas por el revoloteo de las águilas y los bajos valles arrullados por el susurro de los follajes y el concierto de los nidos, todo este grandioso espectáculo de las cosas creadas y todo este coro de melodiosas voces hallan su interpretación y su comentario en las palabras oraculares de tan excelsas y sublimes sacerdotisas, puestas como mediadoras por la creencia universal entre los cielos y la tierra, según aquellas primeras religiones griegas, todavía muy cercanas á la naturaleza.

El culto prestado entonces á la madre tierra no significaba otra cosa sino una grande apoteosis de la maternidad. En los montes Elayos, dentro de

caverna fabricada por el fuego creador y esculpida por calcárea gota de agua, una efigie de madera, muy semejante á la representativa de los antiguos dioses asiáticos, expresa el paso de la religión natural á la religión humana, porque si la viste, como á la mujer griega, una túnica de blanco lino admirablemente plegada, en cambio la remata una cabeza de caballo con serpientes por crines, y en cuyas aras ofrecían los creyentes la miel elaborada por abejas ébrias de aromas, el vellón cortado á la blanca oveja y oliente al aprisco, el racimo de uva conteniendo sangre de la tierra, ofrendas campes- tres rociadas por el óleo destilado de aquellos paradisiacos olivos, á quienes bien pudiéramos denominar los árboles de la luz y de la ciencia. Y no solamente Demetra, la madre tierra, tiene un símbolo femenino en los primitivos tiempos y un culto religioso en la inocente Arcadia; lo tiene aquel beso que los mares dan á las costas; lo tiene aquel claror incierto que baja de los claros cielos y penetra en los abismos terrestres; lo tienen las ondulaciones del manantial, ya precipitado con fragor entre las breñas, ya fluyente sobre las guijas con melodiosa cadencia; lo tiene así el polen arrastrado por las brisas á fecundar y á fructificar los campos como el álamo y su sombra, el ciprés y su tristeza, el pino y su vibración, el musgo de la fuente y el rayo de la luna. En el corazón y en la memoria de todos están esos nombres de Cibele, Proserpina, Temis, náyades, ninfas, nereidas, simbólicos á una de la espiritualización y etereidad que toma la materia inerte al subir hasta la humanidad y revestir nues-

tra forma en su aspecto más hermoso, cual es el aspecto de mujer. Cumbres del alto Lyceo, corrientes del Neda, ondas pelásgicas por espumas y vapores coronadas, humildes fuentes que sólo desflora el ala de un ave ó el labio de un pastor, noches de luna retratadas en ríos y en lagos de cuyos bordes álzanse aromas y melodías, todo está poblado por las ninfas, que llevan doquier van hermosura y amor. Así, cuando uno de aquellos á quienes podríamos llamar los primeros padres del género humano, Prometeo, atado al Cáucaso por haber encendido en los rayos del sol la voraz antorcha que debía traer fuego creador á la tierra, se dolía de su pasión terrible bajo sus hierros, comido por los buitres, azotado por los elementos, las ninfas oceánicas de perlas coronadas y vestidas de blancas espumas, con alas en sus espaldas que hubieran envidiado los cisnes, y con melodías en sus gargantas que hubieran querido para sí los ruisenores, le asistían en tropel y, enjugándole así las lágrimas en su faz como en sus heridas la sangre, significaban cómo representa la mujer en el cielo y en el mundo la bienhadada felicidad con el supremo consuelo. No cabe dudarlo, es la diosa del paganismo una divinización de la mujer helénica.

El heleno establece allá en las altas cimas de sus montañas los dioses. Quien haya visto, bien un amanecer, bien un anochecer en las cordilleras vecinas al Mediterráneo, cuando nace ó muere la diurna luz por los montes metidos en las profundidades insondables del éter, comprenderá toda la razón del heleno para convertir las cumbres altísimas en

habitaciones de sus dioses mayores. No se necesita levantar los ojos más allá, ni acercarse á los astros y á su luz para entrever lo divino en aquellos horizontes y suelos, porque las aristas de nuestras montañas se inflaman en chispas de rica pedrería, y desde lo purpúreo hasta lo violáceo, todas las gradaciones del color brillan á una mezcladas en admirable confusión por aquellos iris de piedra, donde van los objetos á teñirse y surgen transformados, pues á sus reverberaciones y reflejos deben cuanto puedan deber las figuras de un cuadro á las paletas y á los pinceles del pintor. Las Horas guardan el Olimpo, la ninfa Iris lleva los divinos mandatos, copas de ambrosía juntamente con copas de néctar servidas unas y otras por Hebe, calman la sed y el hambre de los inmortales, convócalos Temis junto al trono de Júpiter armado del rayo, se levanta el trono de Juno servido de pavones, descúbrese aquí á Ceres con sus haces á los piés y sus guirnaldas en las sienes, cuidadosa y pródiga para que las semillas broten, y hasta en el fondo mismo de la tierra, y en sus grandes surcos, y en sus abismos, representa Proserpina, hija de Cibeles, robada por infernal dios al aire y al sol para encerrarse en lo profundo la germinación universal de todas las plantas, necesitadas para brotar y producir de caer en los bajos de nuestra tierra y pasar por largos tiempos oscurecidas é ignoradas entre sombras y sombras espesísimas. Por tal modo las divinidades femeninas llenaban las creencias todas y la religión verdaderamente nacional en los pueblos helénicos, que su mitología puede llamarse